

III

El lunes de Pentecostés de aquel año los Hubert y Angélica fueron á pasar el día en las ruinas del castillo de Hauteceur, que domina el Ligneul, dos leguas más abajo de Beaumont.

Después de un día al aire libre, de correr y de reir, en la mañana del siguiente, el viejo reloj del taller daba las ocho cuando la muchacha todavía dormía. Hubertina tuvo que subir á llamarla.

—¡Vamos, perezosa! Nosotros ya hemos almorzado.

Angélica vistióse de prisa, bajó y almorzó sola. Después, cuando entró en el taller, donde Huberto y Hubertina ya trabajaban.

—¡Cuánto he dormido! dijo: ¡Y esa casulla que está comprometida para el domingo!....

El taller, cuyas ventanas daban al jardín, era una ancha sala, que se conservaba intacta en su estado primitivo. Las dos vigas maestras y las tres bovedillas de viguetas aparentes del techo no habían sido pintadas, á pesar de estar muy ahumadas y carcomidas por los gusanos, y dejando ver entre las grietas del yeso los li-

tones de las brechas: en uno de los madillones de piedra que sostenían las vigas estaba grabado el año de la edificación: 1463. La chimenea, también de piedra, agrietada y medio arruinada, conservaba su sencillez elegante, con los montantes ligeros; las repisas, la cornisa en forma de friso y la campana en forma de corona: en el friso se veía todavía, como borrada por el tiempo, una escultura primitiva, un San Clair, patrón de los bordadores. Era una chimenea que ya no servía: el hogar se había convertido en armario abierto, en cuyo estante se amontonaban patrones y dibujos. En su lugar había una estufa, que calentaba toda la habitación, y una gran campana de hierro fundido, cuyo tubo, junto al techo, salía por la parte alta de la chimenea. Las puertas, baldías, eran del tiempo de Luis XIV; las planchas del entarimado antiguo acababan de pudrirse entre los tarugos más recientes que se iban poniendo á medida que se abrían los agujeros. Hacía más de cien años que la pintura amarilla de las paredes resistía; en lo alto, destefiada; raspada y manchada de salitre abajo. Todos los años se hablaba de repintarlos; pero se aplazaba la compostura, por miedo al cambio.

Hubertina, sentada junto al bastidor donde estaba tendida la casulla, levantó la cabeza, diciendo:

—Sabes que si la entregamos el domingo, te he prometido una cesta de pensamientos para tu jardín.

Angélica exclamó con alegría:

—¡Es verdad! Voy á ponerme á ello. Pero ¿dónde está mi dedal? Los instrumentos vuelan cuando no se trabaja.

Púsose el viejo dedal de hueso en la segunda falange de su dedo meñique, y se sentó al otro lado del bastidor, de cara á la ventana.

Desde mediados del siglo pasado el taller no había sufrido modificación alguna. Había cambiado la moda; se había transformado el arte de bordar; pero allí estaba siempre, pegado al muro, el ristrel de madera en que se apoya el bastidor, sostenido por el otro extremo por un

caballete. En los rincones dormían los instrumentos antiguos, como devanaderas con su engranaje y sus agujas para enhebrar el oro de los carretes, sin tocarlo; el torno de mano, especie de garrucha para torcer los hilos; clavados en la pared tambores de todas dimensiones, guardados con su tafetán y con sus aros para bordar con gancho.

Sobre una tablá había, alineada, una colección entera de soportes para las lentejuelas, y se veía también una despabiladera y el ancho candelero clásico de los antiguos bordadores. En las hebillas de un astillero hecho con una correa claveteada, había punzones, malletes, martillos, hierros para cortar el pergamino, sostenes y desbastadores de boj que sirven para modelar los hilos á medida que se les utiliza. Debajo de la mesa de encina para cortar había una gran devanadera, cuyos dos rodetes móviles de mimbre sirven para sostener la madeja. Collares de rodetes con sedas de colores vivos, enfilados en una cuerda, colgaban encima del arca. En tierra había un cesto lleno de carretes vacíos. Un par de tijeras se veía sobre una silla de paja, y en el suelo una bola de braman-te empezada.

—¡Qué tiempo más hermoso! Da gusto vivir, dijo Angélica.

Y antes de inclinarse y absorberse en el trabajo, se distrajo un momento, mirando la ventana abierta, por la cual entraba la luz radiante de una mañana de Mayo. Un rayo de sol se deslizaba desde lo alto de la Catedral, y olor fresco de lilas subía del jardín del palacio del Obispo. Sonrióse deslumbrada, bañada por la primavera; y luego, como si despertase de pronto, y sobresaltada:

—Padre, dijo. No tengo oro para pasar.

Huberto, que estaba marcando el calco de un dibujo de capa pluvial, buscó en el fondo del arca una madeja, la cortó, afilando las dos puntas del hilo, rascando el oro, cubierto por la seda, y le entregó la madeja envuelta en pergamino.

—¿Es esto?

—Sí, si.

De una ojeada se cercioró de que nada le faltaba: las agujas enhebradas con oros diversos, rojo azul, y verde; los carretes de sedas de todos los tonos; las lentejuelas, los cañutillos, los cosidos ó rizados, en pasta, dentro de la caja redonda de cartón, las finas agujas largas, las pinzas de acero, los dedales, las tijeras, la pelota de cera; todo sobre el bastidor y sobre la tela estirada, cubierta de papel gris muy recio.

Enhebró una aguja con hilo de oro, pero empezó por romperlo, y tuvo que hacerle punta de nuevo, rascando un poco de oro, y echándole en la caja para las sobras, que también estaba sobre el bastidor.

—Vamos, dijo cuando hubo dado el primer golpe de aguja.

Reinó prolongado silencio. Hubert se puso á estirar la capa sobre el bastidor, poniendo primero los dos plegadores sobre el ristrel y el caballete, muy tirante, de modo que se pudiera clavar bien la seda carmesí de la capa que Hubertina había clavado en los banzos; luego introdujo los listones en los pliegues del cilindro, en el cual los sujetó con cuatro clavos. Después, alisándolo y estirándolo á derecha é izquierda, acabó de tenderlo, pegando más atrás los clavos; y oyósele repiquetear en la tela, que resonaba como un tambor.

Angélica había resultado una excelente bordadora, con un gusto y una destreza que maravillaban á los Hubert. Además de lo que la habían enseñado, ponía la muchacha en el trabajo una pasión que daba vida á las flores, fe á los símbolos.

El oro y la seda se animaban en sus manos; un vuelo místico daba aire á los más insignificantes adornos, y era que se entregaba por entero, con su imaginación siempre despierta, y poniendo en todo lo que hacia su fé en el mundo infinito de lo invisible. Algunos de sus bordados habían causado tanta sensación en la diócesis de

Beaumont, que un cura arqueólogo, y otro, inteligente en pintura, habían ido á verla, y se habían extasiado ante sus bordados, que comparaban á las ingenuas figuras de los pintores primitivos.

Era la misma sinceridad y el mismo sentimiento de un más allá, todo ello encerrado en la perfección minuciosa de los detalles; tenía el dón del dibujo, verdadero milagro que sin haber tenido maestro, nada más que con sus estudios nocturnos de la noche, á la luz de la lámpara, le permitía muchas veces corregir los modelos, apartarse de ellos y fantasear, creando con la punta de la aguja. Los Hubert, que declaraban que la ciencia del dibujo era necesaria á toda buena bordadora, se hacían á un lado á pesar de ser más viejos en el oficio, y habían llegado á no ser más que sus auxiliares, encargándola los trabajos de lujo, cuyos detalles le preparaban.

Al cabo del año, ¡cuántas maravillas, santas y resplandecientes pasaban por sus manos! No vivía más que en la seda, en el raso, en el terciopelo, en las telas de oro y plata. Bordaba casullas, estolas, capas pluviales, dalmáticas, mitras, pendones, velos de viril y patenas. El trabajo más frecuente era el de las casullas, con sus cinco colores: blanco, para los confesores y las vírgenes; rojo para los apóstoles y los mártires; negro, para los muertos y días de vigilia; morado, para los inocentes, y verde para todas las fiestas; y también el oro, de uso frecuente, y que puede substituir al blanco, al verde y al rojo. En el centro de la cruz, siempre los mismos símbolos, las cifras de Jesús y María, el triángulo despidiendo rayos, el cordero, el pelícano, la paloma, un viril, un corazón destilando sangre por las espadas, en tanto que alrededor y en los brazos corrian los adornos y las flores, toda la ornamentación del viejo estilo, la flora de flores anchas, las anémonas, los tulipanes, las peonias, las granadas y las hortensias.

No pasaba temporada sin que rehiciera las espigas y los racimos simbólicos, en plata sobre negro, en oro sobre

rojo. Para las casullas muy ricas matizaba cuadros y cabezas de Santos, ó un cuadro central con la Anunciación, el Nacimiento ó el Calvario. Los flecos estaban bordados sobre el fondo, unas veces; otras, unía las bandas de seda ó de raso sobre brocados de oro ó sobre terciopelo. Toda una flora de sagrados esplendores brotaba poco á poco de sus flexibles dedos.

Aquel día la casulla en que trabajaba Angélica era de raso blanco, y la cruz estaba hecha con un haz de lirios de oro, entrelazados con rosas vivas, de seda matizada. En el centro, en una corona de rosas de oro mate, aparecía radiante la M de la Virgen, en oro, rojo y verde, con gran riqueza de adornos.

Hacia una hora que estaba trabajando con la aguja en las hojas de las rositas de oro, sin que una palabra hubiera roto el silencio; pero se rompió otra vez lo aguja, la enhebró á tientas, bajo el bastidor, como diestra bordadora que era; luego levantó la cabeza y pareció beber en un largo sorbo de aire la primavera, que entraba por la ventana abierta.

¡Ah! murmuró. ¡Qué hermoso día el de ayer! ¡Qué bueno es el sol!

Hubertina, encerando el hilo movió la cabeza.

—Pues yo estoy molida, y no se donde tengo los brazos. ¡Como no tengo tus dieciséis, y luego salimos tan poco!

Pero en seguida volvió al trabajo; preparaba los lirios y cosía recortes de pergamino en los sitios indicados, para dar el relieve.

—Y luego, que estos días de sol le abren á uno la cabeza, añadió Hubert, que después de haber estirado bien el bastidor se apercibía á coser la seda sobre el borde de la capa.

Angélica se quedó con la mirada errante, perdida en el rayo de sol que hería en un botarel de la Iglesia. Repuso dulcemente:

—No, pues á mí me ha refrescado y me ha descansado todo un día de andar por el campo.

Había acabado ya el follaje de oro, y empezó una de las anchas rosas, preparando tantas agujas enhebradas como matices de seda, bordando en el sentido mismo de los pétalos con puntas rentrantes y abiertas. Y á pesar de lo delicado del trabajo, los recuerdos del día anterior, que acababa de revivir en el silencio, ahora desbordaban de sus labios y brotaban con tal fuerza, que no paró de hablar.

Y habló de la ida, y de la ancha campiña, y del almuerzo en las ruinas de Hauteccœur, sobre las losas de una salita cuyas paredes, hundidas, dominaban el Ligneul, que corría entre los sauces á la profundidad de cincuenta metros. Tenía todavía la cabeza llena de aquellas ruinas, especie de huesos esparcidos entre las zarzas, que atestiguaban la enormidad del coloso cuando, enhiesto, dominaba entrambos valles. Quedaba en pie la torre del Homenaje, de sesenta metros de altura, agrietada, desmoronada, pero sólida, á pesar de todo, gracias á los cimientos de quince pies de espesor. Otras dos torres habían resistido: la torre de Carlomagno y la torre de David, unidas por un bastión casi intacto. Quedaban también parte de las habitaciones: la capilla, la sala de justicia y otras salas, que daban la idea de haber sido construido todo para gigantes. Las gradas de las escaleras, las jambas de las ventanas, los poyos de las terrazas, tenían dimensiones desproporcionadas con las generaciones actuales. Era una verdadera plaza fuerte, en la cual quinientos hombres podían sostener un sitio de cinco meses sin faltarles municiones ni víveres. Pero hacía dos siglos que los rosales silvestres hendían los muros rotos, y ahora un plátano crecía en la chimenea de la sala de guardias. Sin embargo, cuando al ponerse el sol el esqueleto de la torre del Homenaje extendía su sombra sobre tres leguas de campos cultivados, parecía que el castillo se reconstruía de nuevo, colosal, en las brumas de la no-

che. Entonces se percibía bien la antigua soberanía, la fuerza ruda que había hecho de él la inexpugnable fortaleza que hacía temblar á los mismos Reyes de Francia en su trono.

—Estoy segura, prosiguió Angélica, que está habitado por almas que aparecen por la noche. Se oyen voces de todas clases: hay animales que lemiran á una, y yo vi perfectamente, al volverme, cuando nos marchábamos, grandes sombras blancas flotando por encima de los muros. ¿No es verdad, madre, usted que sabe la historia del castillo?

Hubertina sonrióse con dulce calma:

—¡Ah! Lo que es aparecidos, no los he visto nunca.

Pero conocía la historia, que había leído en un libro, y tuvo que contarla de nuevo para satisfacer las preguntas insistentes de la muchacha.

El territorio pertenecía al distrito de Reims desde San Remigio, que lo tenía de Clodoveo. El arzobispo Severino, en los primeros años del siglo X, edificó en Hauteccœur una fortaleza para defender la comarca de las invasiones de los normandos que subían por el Oise, donde desagua el Ligneul. En el siglo siguiente un sucesor de Severino lo dió en feudo á Norberto, segundón de la casa de Normandía, mediante un censo anual de sesenta sueldos de oro, y á condición de que quedarán libres la ciudad y la iglesia de Beaumont. Este Norberto I fué el primer marqués de Hauteccœur, cuya famosa raza brilla en la Historia. Heriberto IV, excomulgado dos veces por sus robos de bienes eclesiásticos, bandido de caminos reales, que una vez mató por sus propias manos á treinta vecinos, y al fin vió su torre arrasada por Luis el Gordo, al cual tuvo el atrevimiento de declarar la guerra; Raúl I, que se hizo cruzado con Felipe Augusto y pereció junto á San Juan de Acre, de una lanzada en el corazón. Pero el más ilustre fué Juan I, el Grande, que en 1225 reedificó la fortaleza, y en menos de cinco años levantó el temible castillo de Hauteccœur, dentro del cual lle-

gó á soñar con el trono de Francta: el mismo que después de salvarse de la carnicería de veinte batallas, murió en su lecho, siendo cuñado del Rey de Escocia. Viéron después Feliciano III, que fué descalzo á Jerusalén, y Heriberto VIII, que reivindicó sus derechos al trono de Escocia, y otros muchos, poderosos y nobles, que atravesaron los siglos hasta llegar á Juan IV, que en tiempo de Mazarino tuvo el pesar de presenciar cómo desmantelaban el castillo; después de un último sitio se hizo volar con una mina las bóvedas de las torres, incluso la del Homenaje, se prendió fuego á las casas, las mismas en que Carlos VI había ido á buscar distracción á su locura, y en que, dos siglos más tarde, Enrique IV. vivió ocho días con Gabriela de Estreés. Ahora todos aquellos recuerdos dormían entre malezas.

Angélica, sin dar punto de reposo á la aguja, escuchaba con ardor, como si la visión de tanta grandeza muerta surgiera del bastidor, á medida que la rosa nacía en él, llena de la vida tierna de los colores. Ignorante de la Historia, agrandaba los hechos, y como que los hacía retroceder en el fondo de una maravillosa leyenda; temblaba maravillada y creyente, y reconstruía el castillo, que subía, subía hasta las mismas puertas del cielo, y en la cual resultaban los Hauteceur primos de la Virgen.

—¿De modo, preguntó, que el nuevo obispo, monseñor de Hauteceur, es de la familia?

Hubertina contestó que Monseñor debía ser de una rama segunda, puesto que la primogénita se había extinguido hacía mucho tiempo; de todos modos, la cosa era chocante, porque durante muchos siglos los marqueses de Hauteceur habían estado en lucha con el clero de Beaumont. Por los años de 1150, un Abad emprendió la construcción de la iglesia sin más recursos que los de su Orden; el dinero acabóse prontamente, cuando el edificio no llegaba más que á las bóvedas de las capillas laterales, y el Abad tuvo que contentarse con cubrir la nave central con un techo de madera. Transcurrieron ochenta años.

Juan V acabó de construir el castillo, y dió 300.000 libras que, unidas á otros donativos, permitieron proseguir la construcción, acabándose la nave central. Las dos torres y la fachada no se acabaron hasta 1430, en pleno siglo XV. Para recompensar la longanimidad de Juan V, el clero concedióle á él y á sus descendientes el derecho de sepultura en una capilla del ábside, consagrada á San Jorge, la cual, desde entonces, se llamó la capilla de Hauteceur. Pero las buenas relaciones entre los señores y el clero no podían durar mucho, y el castillo ponía constantemente en peligro las franquicias de Beaumont, surgiendo á cada paso rivalidades sobre cuestiones de tributos y de precedencia. Había, sobre todo, el derecho de peaje, que los señores querían imponer á la navegación por el Ligneul, cuestión que eternizó los pleitos, sobre todo cuando empezó la prosperidad de la ciudad baja, gracias á las fábricas de telas finas. Desde aquella época la riqueza de la ciudad fué en crecimiento, en tanto que bajaba la de Hauteceur, hasta que, desmantelado el castillo, la iglesia triunfó. Luis XIV hizo de ella una catedral, y edificó la casa del Obispo en lo que hasta entonces había sido huerta de los monjes. Y hoy daba la casualidad de que un Hauteceur viniese como Obispo á mandar al clero, siempre en pie, que había vencido á sus antepasados después de cuatrocientos años de lucha.

—Bueno, dijo Angélica; pero Monseñor ha estado casado, y tiene un hijo de veinte años: ¿no es verdad?

Hubertina había cogido las tijeras para recortar uno de los trozos de pergamino.

—Sí, me lo ha contado el Padre Cornille. Es una historia muy triste. Monseñor, en tiempo de Carlos X, fué capitán á los veintiún años; en 1830, teniendo veinticuatro años, pidió la licencia, y se cuenta que hasta los cuarenta llevó una vida muy disipada, llena de viajes, aventuras y desafíos; pero un día, en el campo encontró á la hija del conde de Valengay, Paula, muy rica y maravillosamente hermosa, la cual no tenía más que

diecinueve años, veintidós menos que él: la amó hasta la locura, y ella le adoró: hubo que concertar el matrimonio á toda prisa. Entonces fué cuando compró las ruinas de Hautecœur, por una bicoca; creo que por diez mil francos, con intención de arreglarlo é instalarse en él con su mujer. Durante nueve meses vivieron solos en lo más escondido de una antigua hacienda de Anjou, no queriendo ver á nadie, haciéndoseles cortas las horas. Paula tuvo un hijo, y murió.

Hubert, que estaba estampando el dibujo con una muñequilla empapada en blanco, levantó la cabeza, muy pálido.

—¡Desgraciado! dijo.

—Cuéntase que estuvo á punto de morir. Quince días después recibió Ordenes. De esto hace veinte años, y ahora es Obispo. Añádese que durante veinte años no ha querido ver al hijo que costó la vida á su madre. Le había puesto en casa de un tío que aquí tenía, un cura viejo, no queriendo saber de él, y haciendo por ignorar su existencia. Pero un día que le enseñaron un retrato del niño, le pareció ver á su adorada muerta: se le halló en el suelo, como si le hubieran dado con una gran maza. Después; los años y la oración han debido calmar tan gran dolor, porque ayer me decía el padre Cornille que al fin Monseñor acababa de llamar á su hijo.

Angélica, que había acabado la rosa, tan fresca que parecía que despedía olor suave, miraba nuevamente por la ventana, bañada por el sol, los ojos perdidos como en un sueño. Repitió en voz baja:

—El hijo de Monseñor. . . .

Hubertina acabó la historia.

—Dicen que es un joven hermoso como un dios. Su padre quería hacerle cura, pero el sacerdote que le educó no ha querido, porque el joven no tiene vocación. Y luego es muy rico. Hablan de cincuenta millones. La madre le dejó cinco, que fueron empleados en comprar solares en París, y que hoy vienen á representar cincuenta millones. En fin, es poderoso como un rey.

—¡Poderoso como un rey, y bello como un dios! replicó Angélica, sin darse cuenta y como soñando.

Y maquinalmente cogió del bastidor una aguja con hilo de oro para bordar un lirio grande en la franja. Después de hacer un nudo junto al ojo de la aguja, fijó el extremo con un punto de seda en el borde del pergamino, que hacía un poco de relieve. Después, trabajando, dijo:

—¡Oh! ¡Lo que yo quisiera, lo que yo quisiera! . . .

Y no acabó de decirlo, perdida en la vaguedad de su deseo.

Volvió el silencio profundo, interrumpido únicamente por un canto apagado que venía de la iglesia. Hubert ordenaba el dibujo, repasando con un pincelito todas las líneas de puntos de la aguja, apareciendo así los adornos de la capa blanca sobre la seda roja. El fué el que rompió el silencio.

—¡Qué magníficos eran aquellos tiempos! Las señoras llávaban vestidos, rígidos á fuerza de bordados. En Lyon se vendía la vara de tela á seiscientas libras. . Hay que leer los estatutos y ordenanzas de los maestros bordadores, en los que se dice que los bordadores del Rey tenían el derecho de requisar por la fuerza las obreras de los otros maestros. Y teníamos nuestro blasón: sobre azul, con faja matizada en oro, tres flores de lis, de lo mismo, dos tendidas y una en punta. ¡Ah! ¡Eran aquellos tiempos muy buenos!

Se calló; dió con la uña sobre el bastidor para sacudir el polvo, y repuso:

—Todavía cuentan en Beaumont una leyenda sobre los señores de Hautcœur, que mi madre me contó muchas veces cuando yo era niña. Asolaba la ciudad una peste espantosa; la mitad de los habitantes había perecido, cuando Juan V, el mismo que reconstruyó la fortaleza, advirtió que Dios le había dado el poder de combatir la plaga: entonces apareció descalzo y se fué á visitar enfermos: arrodillándose y besándolos, y cuando sus labios les habían tocado, decía. *Si Dios quiere, quiero yo*; y los enfermos sanaban. Por eso estas palabras han quedado como divisa de los señores de Hautcœur, que desde entonces

todos curan la peste. Eran unos hombres muy grandes; una verdadera dinastía. Monseñor se llama Juan XII, y el nombre de su hijo tiene también que ir seguido de un número, como el de un príncipe.

Se calló: cada palabra suya prolongaba el ensueño de Angélica, y como que la mecía. Al fin ésta dijo con la misma voz, como cantando:

—Lo que yo quisiera, lo que yo quisiera. . .

Con la aguja en la mano, sin torcer el hilo, atravesaba el pergamino de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, clavándole á cada puntada con seda. El gran lirio de oro poco á poco surgía floreciente.

—Lo que yo quisiera, lo que yo quisiera, sería casarme con un príncipe. Un príncipe al cual nunca hubiera visto, y que un día, al caer de la tarde, me cogiera por la mano y me llevase á un palacio. Y quisiera que fuera muy hermoso y muy rico; el más hermoso y el más rico que hubiera pisado la tierra. Con caballos, que oíría relinchar bajo las ventanas; pedrerías, que chorrearían por mi falda, y oro, como lluvia, un diluvio de oro, que cayera de mis manos cuando yo las abriese. Y luego lo que quisiera sería que mi príncipe me amara con frenesí, para que le amara locamente. Y siempre seríamos jóvenes, y puros, y nobles siempre, siempre.

Hubert, abandonando el bastidor, se acercaba sonriendo, mientras Hubertina amistosamente la amenazaba con el dedo:

—¡Miren la vanidosa, la golosa! ¡Siempre incorregible! ¡Ya estás con tus sueños de ser reina! No es esto tan malo como robar el azúcar y responder con insolencia; pero en el fondo, sí, en el fondo hay el mismo demonio: el orgullo, la pasión, que hablan.

Alegre y cándida, Angélica la miraba:

—Pero, madre, ¿qué dice usted? ¿Tan malo es amar lo que es bello y es rico? Le amo porque es rico y es hermoso, y porque esto me da calor en el corazón y en el alma. Es una cosa bella que ilumina y ayuda á vivir,

como el mismo sol. Sabe usted que no soy interesada. ¡El dinero! Usted vería lo que hacía yo con el dinero, á tener mucho. Llovería oro sobre la ciudad, y en casa de los desgraciados correría como un río. ¡Una verdadera bendición de Dios! No más miseria. Desle luego á usted y á padre les enriquecería. Quisiera verles con trajes de brocado, como una dama y un señor de otro tiempo.

Hubertina se encogió de hombros tranquilamente:

—¡Loca! Pero. . . criatura, tú eres pobre; no tienes un cuarto de dote. ¿Cómo puedes soñar con un príncipe? ¿Te casarías con un hombre rico?

—¿Sí me casaría con él?

Y pareció que la dejaba estupefacta la pregunta:

—¡Ya lo creo que me casaría! Si él tiene dinero, ¿para qué he de tenerlo yo? Así se lo debería todo, y le querría más.

Este modo victorioso de razonar encantaba á Hubert, cuya imaginación se llenaba de fiebre con las palabras de Angélica; con gusto volaba con ella en alas de una nube.

—¡Tiene razón! exclamó.

Su mujer le echó una severa mirada de descontento:

—Hija mía; tu verás más tarde. ¡Ya conocerás la vida!

—¡Pero si la conozco! . . .

—¿Por dónde? Eres muy niña. No conoces el mal; pero, mira, existe, y muy poderoso.

—El mal, el mal. . .

Angélica articulaba con lentitud la palabra, como para hacerse cargo de su significado. Y en sus ojos puros había la misma sorpresa inocente. El mal lo conocía bien: lo había visto en la *Leyenda*. ¿No era el diablo? ¡Pues si siempre le había visto, renaciendo, sí, pero siempre vencido! Después de la batalla quedaba en tierra aplastado y maltrecho.

—¡El mal! ¡Si usted supiera, madre, el caso que yo hago de él! Basta con que una se venza á sí misma, para vivir feliz.

Hubertina hizo un gesto de inquietud y de malestar:

—Harás que me arrepienta de haberte criado en esta casa, sola con nosotros y separada de todo el mundo. Sí; temo que un día sintamos haberte dejado ignorante de la vida hasta este punto. ¿Cuál es el paraíso con que sueñas? ¿Cómo imaginas tú que es el mundo?

Un rayo de esperanza iluminó la cara de la joven, que, inclinada, movía la aguja con el mismo continuo movimiento.

—¿Tan tonta me cree usted, madre? El mundo está lleno de gente buena. Cuando se es honrado y se trabaja, siempre, siempre viene el premio. Sí; ya sé que hay malos, algunos. Pero ¿qué tiene que ver? No se les ve, no se les trata, y se ven pronto castigados. Y luego, mire usted; el mundo me produce de lejos el efecto de un jardín grande; sí, un inmenso parque, lleno de flores y de sol. ¡Es tan bueno vivir y es tan dulce la vida, que no puede con ella la maldad!

Se animaba como en la riagada por el brillo de la seda y el oro que manejaba con los dedos flexibles.

La dicha es una cosa muy sencilla. Nosotros somos felices, ¿verdad? ¿Y por qué? Porque nos queremos. Ahí tiene usted: no hay más que querer mucho y que le quieran á uno mucho. Así, ya ustedes verán cuando venga el que espero. En seguida nos reconoceremos. Entrará y dirá:—Vengo por ti.—Y yo le diré:—Te esperaba; tómame.—Me tomará, y cosa hecha para siempre. Y nos iremos á un palacio á dormir en un lecho de oro con diamantes incrustados. Es muy sencillo.

—¡Estás loca! ¡Cállate! interrumpió severamente Hubertina.

Y viéndola excitada y á punto de echar á volar en alas de su ensueño:

—¡Cállate! Cuando te casemos con algún pobre diablo, caerás en tierra desde lo alto y te romperás los huesos. Para nosotros los pobres, la dicha no está más que en la humildad y en la obediencia.

Angélica siguió cosiendo con tranquila obstinación.

—Le espero, y vendrá.

—Y tiene razón! exclamó Hubert, arrastrado á su vez por la misma fiebre. ¿Por qué la riñes? Es bastante bella para que un rey nos la pida; todo sucede en la vida.

Hubertina le miró tristemente con sus hermosos ojos llenos de prudencia y serenidad:

—No la excites á obrar mal, dijo. Más que nadie sabes tú lo que cuesta ceder á lo que pide el corazón.

Hubert se puso muy pálido, y sus ojos se llenaron de gruesas lágrimas. En el acto, su mujer sintió la lección que acababa de darle, y se levantó para cojerle las manos. Pero él las apartó, repitiendo con voz balbuciente:

—No, no, hice mal. Óyelo, Angélica; hay que escuchar á tu madre. Nosotros dos estamos locos; ella es la única que está en su cabal juicio. Hice mal, hice mal.

Demasiado conmovido para volverse á sentar, y dejando la capa pluvial, se puso á pasar la goma por un pendón ya concluído que estaba sobre el bastidor; después de sacar del arca el frasco de cola de Flandes, bañó con ella el reverso de la tela para fortalecer el bordado. En sus labios había quedado algo de temblor; no añadió palabra.

Pero si Angélica, obediente también, se calló, por lo bajo prosiguió su ensueño, y subió alto, muy alto, más allá del deseo, y todo en ella lo revelaba: la boca entreciada por el éxtasis, y los ojos en que se reflejaba el infinito azul de su visión. Y ahora aquel sueño de muchacha pobre lo bordaba con el hilo de oro, y de él salía hilo á hilo, sobre el raso blanco, en los grandes lirios, y en las rosas, y en la cifra de la Virgen. El tallo del lirio

galoneado tenía el arranque de un chorro de luz, mientras que las hojas largas y delgadas, hechas con lentejuelas cosidas con una pizca de cañutillo, caían como lluvia de estrellas. En el centro, la cifra de María era como un deslumbramiento, con el relieve del oro macizo, trabajado con franjas y estampados, ardiendo como una gloria de tabernáculo en el incendio místico de sus rayos. Las rosas de sedas de tonos hermosos vivían, y la casulla toda, resplandecía, blanca, milagrosamente florida con florecimiento de oro.

Luego, después de un largo silencio, Angélica levantó la cabeza; con las mejillas encendidas por la sangre que le subía del corazón, miró á Hubertina con malicia, y moviendo la barba añadió:

—Le espero, y vendrá.

Aquella imaginación era una locura, pero una locura llena de ferquedad; todo sucedería como pensaba, no la cabía duda; nada podía alterar su convicción sonriente.

—¡Cuando te digo, madre, que estas cosas sucederán!

Hubertina tomó la determinación de encogerse de hombros. Y luego, para burlarse de ella:

—Pues yo creía, dijo, que no querías casarte. Los Santos que han trastornado tu cabeza no se casaban. Antes que rendirse, convertían á sus prometidos, huían de casa de sus padres, y se dejaban cortar la cabeza.

La muchacha escuchaba asombrada; pero de pronto se echó á reír, y toda su salud, su amor á la vida, cantaron en aquella alegría sonora. ¡Hacia tanto tiempo que habían sucedido aquellas historias! Los tiempos habían cambiado; Dios, al fin triunfante, ya no pedía á nadie que muriese por El.

De la *Leyenda*, lo que le había cautivado era lo maravilloso, antes bien que el desprecio de la vida y el amor á la muerte. Desde luego que quería casarse, y amar, y ser amada, y vivir dichosa.

—Cuidado, proseguía Hubertina por hacerla rabiar; cuidado que harás llorar á Inés, tu guardiana. ¿No sabes que no quiso admitir al hijo del gobernador y prefirió morir para casarse con Jesús?

La campana mayor de la torre tocó, y una bandada de gorriones huyó de una enorme hiedra, que era como el marco de una ventana de ábside.

En el taller, Hubert, siempre mudo, acababa de colgar el pendón tendido, todavía húmedo de goma, para que se secase, en uno de los grandes clavos de hierro que había en la pared.

El sol se había mudado de sitio; y ahora alegraba los viejos instrumentos y la devanadera, el rodete de mimbre y el espabiladero; poco á poco bañó á las dos mujeres, brilló el bastidor con sus plegadores y sus listones barnizados por el mucho uso, con todo lo que había sobre él, los cañutillos y las lentejuelas, las madejas de seda de variados colores, las agujas llenas de oro.....

Y en aquella irradiación tibia de primavera, Angélica miró el gran lirio simbólico, ya concluido, y abriendo tan grandes como eran sus hermosos ojos cándidos; contestó con aire de alegría y confianza:

—¡Pero si á quien yo quiero es á Jesús!